Arthur Baker y la Piedra del Destino

Luis Ángel Madorrán

Capítulo 1

Arthur Baker y Kay Flanagan descendían por la cuesta de Victoria Street, mientras los turistas se refugiaban en tiendas y pubs, a la espera de que escampara un poco.

A sus doce años agradecían el chaparrón, gracias a él las calles estaban desiertas, y se sentían como si fueran los dueños de Edimburgo.

Hacía un par de horas que se habían escapado de Misthaven, el orfanato en el que vivían desde que eran unos recién nacidos. Solían hacerlo de vez en cuando para gozar de algo de libertad y sentirse como niños normales. Arthur era el instigador y Kay lo seguía siempre, a la misma boca del infierno si se lo pidiera. Solo se escapaban unas horas, el tiempo necesario para ir a comprar algunos cómics o explorar algún edificio abandonado. Siempre volvían antes de la hora de cenar. Después venía el castigo, pero la mayor parte de las veces merecía la pena.

Habían decidido dar una vuelta por la ciudad vieja, ir a comprar unos cómics y curiosear entre las oleadas de turistas que invadían la ciudad en agosto. El Festival de Edimburgo abría sus puertas en un par de días, y el efecto llamada había llenado la ciudad.

El Planeta Prohibido era una tienda de cómics a la que los dos amigos solían acudir siempre que ahorraban unas libras. Arthur quería comprar los dos últimos números de la serie de Batman.

—¡Mira Arthur! —dijo Kay, mientras trataba de limpiar las gafas— ¿Hemos cruzado alguna vez por aquí?

Señalaba un estrecho callejón perpendicular a Victoria Street. Un pub irlandés y una tienda cerrada con la fachada pintada de azul hacían esquina a ambos lados, como si fueran los guardianes de aquella calleja gris y empapada de lluvia.

Arthur meneó la cabeza. Miró el reloj, faltaba una hora para el cierre del Planeta Prohibido.

—¡Venga Arthur! Aún es pronto. Tenemos tiempo de sobra... y podemos descubrir algo interesante.

—Vale, está bien —concedió Arthur.

Con una sonrisa de triunfo Kay se encaminó hacia el callejón, mientras Arthur lo seguía de cerca, echando para atrás su indómito flequillo.

El callejón era tan estrecho que apenas permitía el paso de los dos niños al mismo tiempo. El acceso estaba protegido por una pequeña y destartalada verja de hierro oxidado. El callejón descendía en una pendiente pronunciada, el agua caía con ímpetu de los canalones y Kay estuvo a punto de caer al resbalar en el suelo mojado. Por suerte, Arthur estaba al tanto, y logró sujetarlo antes de que cayera.

—Ten cuidado. Esos son los pantalones nuevos, ¿no?

Kay asintió. Aquellos tejanos tenían más de un año, pero sí, eran los más nuevos que tenía.

Fue entonces cuando Kay lo vió.

Era un pequeño escaparate que exponía una serie de objetos a cual más extravagante. Había muñecos de hojalata de colores deslucidos, juegos de mesa con tableros combados de cartón y fichas de plástico de colores chillones, discos viejos de los que se escuchaban hacía siglos, espadas medievales oxidadas, y libros desgastados con títulos ilegibles. Y en el centro de todo eso destacaba la cabeza de un dragón con las fauces abiertas, fabricada con algún tipo de escayola que venía necesitando una mano de pintura. Kay estaba fascinado. Se fijó en que había una puerta de madera justo al lado del escaparate. Sobre la jamba colgaba un cartel metálico con letras medievales que decía:

Tesoros Perdidos

Desde 1888

—¡Vamos a entrar! —dijo Kay.

—¿Ahí? —Arthur le miró como si hubiera perdido la cabeza.

Pero Kay no esperó la aprobación de su amigo. Antes de que Arthur se diera cuenta, había cruzado la puerta, dejando tras de sí el repiqueteo de una campanilla que colgaba en el interior.

Con un suspiro Arthur lo siguió.

La tienda era un lugar angosto y opresivo. Apenas tenía tres metros de ancho, y las estanterías que coronaban las paredes hacían que el espacio aún fuese más estrecho. En el suelo había apiñados objetos de todo tipo, la mayoría libros viejos llenos de polvo y telarañas. Del techo colgaban extraños cachivaches. Las estanterías estaban repletas de objetos insólitos: una brújula con runas en lugar de números, un maletín abierto que cobijaba una misteriosa máquina cubierta de engranajes y manivelas, un tarro de cristal con un inquietante trozo de carne flotando en su interior, una colección de máscaras tribales con formas demoníacas, una

jaula con un pájaro disecado de plumas doradas, y al fondo, tras otro montón de objetos singulares, había un pequeño mostrador de madera lleno a rebosar de papeles y libros. No se veía a nadie tras él.

—Aquí no hay nadie. ¡Vámonos!

Kay no le hizo caso. Estaba absorto, deambulando por la tienda como si caminara entre el fabuloso tesoro de un dragón.

—¿Hola? —exclamó Arthur, intentando llamar la atención del dueño, dondequiera que estuviese.

Nadie contestó a su reclamo.

Kay había llegado al fondo de la tienda, y miraba algo expuesto en un atril de madera de color dorado.

—¡Mira esto Arthur!

Arthur se acercó de mala gana, mientras trataba de sacudirse el agua que empapaba su ajada sudadera del Capitán América. Sobre el atril había un viejo libro completamente abierto con letras azules y doradas y dibujos hechos a mano. Parecía uno de esos libros que escribían los monjes medievales.

—No entiendo nada de lo que pone —dijo Arthur tras echarle un vistazo superficial— ¿En qué idioma está escrito? ¿Latín?

—Sí, creo que es latín.

Se quedaron mirando el libro con detenimiento, atraídos sobre todo por la ilustración que mostraba a un caballero con armadura luchando con su espada contra un dragón que ocupaba toda una página.

—Debe ser algún antiguo libro de caballería.

Kay empezó a pasar las páginas con cuidado. Todas tenían alguna ilustración parecida. Pudieron ver más caballeros, y diversas criaturas mitológicas: sirenas, caballos voladores, unicornios. Arthur pensó que aquel tipo de libro sería el que los niños usaban para entretenerse en la Edad Media.

Kay llegó a una doble página que mostraba un inquietante dibujo de una espiral negra que parecía que hubiera engullido todas las palabras, salvo una frase escrita en el centro. Kay, sin poder resistir la tentación, la leyó en voz alta, a pesar de no haber estudiado nunca latín:

—*Aperire portal. Relinquo mundum post tergum*.

La espiral cobró vida y comenzó a girar ante los ojos de Arthur. Imperceptible al principio, como una de esas ilusiones ópticas que dan sensación de movimiento, luego empezó a enroscarse sobre sí misma a mayor velocidad, formando un ojo de huracán en el centro del libro. Arthur sintió un viento helado que tiraba de él y parecía provenir del propio agujero negro.

—¿Pero qué...?

La frase en latín desapareció, engullida por el vórtice. Instantes después Arthur vio cómo Kay era atraído por el libro. Sus gafas salieron volando y se perdieron en la negrura de las páginas. Los objetos de la tienda salieron disparados, atraídos por la vorágine. Arthur fue golpeado por una muñeca de porcelana que se hizo añicos contra su hombro.

—¡Ayúdame Arthur! —suplicó Kay mientras el agujero tiraba de él con una fuerza sobrenatural. El libro absorbía su mano, y Arthur pudo ver cómo los dedos de Kay se tornaban negros y poco a poco se iban convirtiendo en volutas de humo que eran succionadas por el torbellino.

Arthur lo sujetó con todas sus fuerzas, mientras trataba de aferrarse a algo sólido. Kay gritaba, los objetos revoloteaban en el interior de la tienda como pájaros asustados huyendo de la tormenta. El vórtice seguía tirando. Arthur juraría que el libro había aumentado de tamaño. Parecía ser el mismo centro del universo.

El brazo de Kay se había convertido en humo, y se filtraba por el agujero negro.

—¡Por favor! ¡No dejes que me lleve!

—¡No pienso soltarte!

Pero los dedos de Kay se escurrían entre sus manos sudorosas. No podía hacer nada por evitarlo. Gritó de rabia e impotencia mientras su amigo era engullido por la espiral.

En un instante había desaparecido.

El libro seguía atrayendo todo a su alrededor, pero cada vez con menos fuerza. Arthur echó mano de una espada herrumbrosa con el pomo en forma de águila y se lanzó contra el libro, golpeándolo con furia.

—¡Devuélveme a mi amigo!

Cuando la hoja de la espada golpeó las páginas, el filo se volvió negro al instante, como le había ocurrido a Kay. La sombra se extendió por la espada hasta la mano de Arthur, que también se transformó en humo oscuro. Sin poder evitarlo, el vórtice lo atrajo con renovada potencia, y todo su cuerpo se fue convirtiendo en bruma mientras era absorbido por el libro.

No sintió ningún dolor.

El libro se cerró de golpe, volviendo a su tamaño normal. Los objetos que aún volaban por la tienda cayeron al suelo y permanecieron allí, inertes.

Todo quedó en calma.

Capítulo 2

Fue como si Arthur cruzara una puerta cargada de electricidad estática. Sintió un intenso cosquilleo, mientras sus manos y el resto del cuerpo iban tomando consistencia y transformándose en la carne y huesos sólidos que siempre habían sido. El cosquilleo duró unos segundos y después desapareció, como si nunca hubiera existido.

Arthur estaba de rodillas, en un suelo de tierra cubierto por un manto de hojarasca. Tenía las manos apoyadas sobre las nudosas raíces de un árbol enorme. Era de noche, pero la luz de la luna llena se filtraba entre las copas de los árboles, permitiéndole ver algo de lo que había a su alrededor.

¿Dónde estaba? Era algo demencial, una auténtica locura. Había atravesado las páginas de un libro y llegado a un bosque desconocido. Su mente trató de buscar algún sentido a la situación, pero en aquel momento fue imposible.

Estaba en un bosque, de eso no cabía duda. Y le pareció uno enorme, porque hasta donde le permitía ver la tenue luz de la luna sólo se discernían troncos de árboles y espesura. Se puso en pie despacio, sacudiéndose la tierra de las perneras del pantalón.

Cayó en la cuenta de que estaba solo. No había señales de Kay.

—¿Kay? —dijo en voz no muy alta, como si temiera quebrar el silencio que imperaba en el bosque.

Anduvo unos metros, sin apartarse mucho del lugar donde había aparecido. No encontró señales de que alguien hubiera estado allí antes que él.

—¡Kay! —gritó, esta vez sin importarle quien pudiera escucharlo— ¡Kay! ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta, más allá del lejano ulular de un búho nocturno que lo observaba con curiosidad.

Arthur tropezó contra algo y a punto estuvo de caer al suelo. Escarbó entre la hojarasca para ver de qué se trataba y comprobó que era la espada que había cogido en aquella tienda de los horrores. La recuperó del suelo. La espada estaba mellada, oxidada y carecía de filo, pero era mejor que no tener nada para defenderse. ¿Pero defenderse de qué?

—Será mejor que me ponga en marcha —dijo en voz alta, más para

infundirse ánimo que por otra cosa—. Está claro que Kay no está aquí.

Arthur se puso en movimiento, guiándose por la débil luz que le brindaba la luna. Necesitaba encontrar un sendero que lo llevara hasta la civilización. Allí denunciaría la desaparición de Kay, y seguro que lo acababan encontrando. Tenían que hacerlo.

Capítulo 3

Llevaba caminando algo más de una hora y no había encontrado ningún sendero ni nada que se le pareciera. Aquel bosque era más espeso que cualquier otro cercano a Edimburgo. Los árboles eran enormes, y sus raíces emergían del suelo como acechantes serpientes de madera, dificultándole aún más el paso. Arthur tenía la sensación de que caminaba en círculos. Por suerte la luz de la luna seguía iluminando su avance, y aunque era un parco consuelo, se aferró a él para seguir adelante.

De vez en cuando gritaba llamando a su amigo perdido, pero solo recibía por respuesta los sonidos de las criaturas nocturnas que habitaban el bosque. Se echó la capucha de la sudadera por la cabeza para protegerse del frescor de la noche.

Unos lastimeros aullidos detuvieron su camino. . Provenían de algún sitio cercano, más allá de unos arbustos que le impedían el paso. Entre los aullidos pudo escuchar el gruñido amenazador de algún tipo de bestia, y también el inequívoco sonido de una voz humana.

Tenía que ser Kay. Y estaba en peligro.

Arthur agarró la espada con las dos manos y comenzó a lanzar mandoblazos contra los arbustos, intentando abrirse paso. Las ramas se partían ante sus envites. Arthur se llevó varios arañazos en su intento por llegar lo antes posible para ayudar a su amigo. En poco tiempo se había abierto paso a través de la espesa vegetación.

Al otro lado encontró una abrupta pendiente que descendía unos tres metros hasta un pequeño claro del bosque. Acorralado contra la pared rocosa de la ladera había un hombre que trataba de mantener a raya a dos enormes lobos de piel gris que lo amenazaban entre gruñidos y dentelladas lanzadas al aire. El hombre enarbolaba una rama para mantener a las bestias alejadas, pero era evidente que no iba a aguantar mucho más tiempo.

Arthur no sabía quién era aquel extraño, y aunque se decepcionó al descubrir que no era Kay, no podía dejarlo a merced de aquellos dos insólitos lobos del tamaño de ponis. Tenía que ayudarlo.

Miró alrededor en busca de algo que pudiera serle de utilidad. Con la espada no creía poder hacerles ningún daño, y además, los lobos no estaban tan cerca. La pendiente era muy pronunciada, y si intentaba llegar hasta los animales corría el riesgo de caer y quedar expuesto a sus mordeduras.

El hombre acorralado intentó golpear a uno de los lobos con la rama cuando la bestia se abalanzó sobre él, pero el inmenso animal tenía unos reflejos asombrosos, y mordió con fuerza el palo con sus fauces de dientes amarillentos. El chasquido de la rama al partirse hizo comprender a Arthur que tenía que actuar enseguida.

—¡Eh, vosotros!

Los lobos se detuvieron, sorprendidos. Arthur no esperó a que reaccionaran; casi sin pensarlo agarró una roca que tenía cerca y la lanzó con todas sus fuerzas contra el lobo que aún sujetaba la rama entre los dientes. La piedra impactó contra la cabeza del animal, emitió un lastimero gañido y soltó la rama. El otro lobo lanzó una mirada rabiosa al misterioso atacante.

—*Arrepentirás. Arrepentirás, niño* —gruñó con una voz cavernosa y temible. Arthur se quedó pasmado. ¿Acababa de hablarle un lobo?

El animal que lo había amenazado dejó de lado al hombre y se precipitó hacia la pendiente, dispuesto a alcanzar a su nuevo enemigo. Con un poderoso salto salvó la mitad de la distancia muy cerca de Arthur.

—*Morir, morir niño ¡Comer!* —sentenció el lobo con espumarajos de rabia escapándose entre la comisura de su enorme boca.

Arthur no pensó, no tenía tiempo. En un acto reflejo sujetó la espada y lanzó una estocada contra la cabeza del lobo. La punta se clavó en su ojo izquierdo. El animal emitió un espantoso aullido de dolor, al mismo tiempo que perdía agarre y se desplomaba contra el suelo, entre una nube de polvo. El hombre acorralado aprovechó aquella ventaja para imitar a Arthur y lanzar una piedra contra el lomo del lobo herido, y otra más contra su compañero, que aún no se había recuperado del impacto de la primera pedrada.

Los lobos, viéndose superados, huyeron. Antes de abandonar el claro para perderse en la seguridad del bosque, el lobo que había hablado se volvió. Tenía el ojo izquierdo cubierto de sangre, y el reguero carmesí le goteaba por el hocico.

—*¡Volver, volver a encontrar, niño! ¡No olvidar esto! ¡Nunca*!

Los dos lobos se internaron en el bosque. Segundos después se escucharon sus terribles aullidos, que se perdieron en la noche.

Capítulo 4

El hombre ayudó a Arthur a bajar por la pendiente. Sus brazos eran largos, desproporcionados en contraste con su cuerpo desgarbado, y no tuvo problemas en llegar hasta él.

Cuando Arthur estuvo a salvo en el suelo, el extraño se dirigió a él.

—Muchas gracias por vuestra ayuda.

Arrastraba las eses con un tono sibilante, como si las saboreara. Era un hombre mayor bastante alto, sensación que se acrecentaba por su extrema delgadez y la palidez de su piel.

—Mi nombre es Trémulus Dagovar, para serviros —prosiguió el hombre delgado, viendo que Arthur parecía haber perdido el habla.

Extendió una mano cadavérica. Arthur se recompuso y se la estrechó débilmente. Estaba helada.

—Yo soy Arthur… Arthur Baker. ¿Ha oído hablar a ese lobo?

—Es un lobo huargo, y por aquí todos los de su calaña tienen la capacidad del habla, aunque es mejor no prestarles atención, pues son criaturas ladinas y nada bueno pueden ofrecer.

—No, no lo entiendo —dijo Arthur—. Los lobos no hablan. Los animales no hablan.

—¡Ah! Pero estos no son simples animales, mi joven señor. Es mejor que nos vayamos lo antes posible. Aquí estamos expuestos y esas criaturas no tardarán en volver con más de los suyos.

—¿Hay más?

—Muchos más, me temo. Venga conmigo maese Arthur, busquemos un lugar más seguro. Ya habrá tiempo para las preguntas.

Trémulus sujetó a Arthur del brazo y tiró de él hacia el bosque, en dirección opuesta a la que habían huído los huargos.

Una hora después, y tras atravesar un laberinto de árboles y cruzar un angosto río por un tronco que no ofrecía mucha seguridad, Trémulus y Arthur llegaron hasta un pequeño sendero que cruzaba el bosque. Apenas

hablaron.

—Creo que los lobos no nos habrán seguido hasta aquí —dijo Trémulus.

Arthur asintió, tratando de recobrar el aliento. No se habían detenido ni un instante desde que dejaron el claro. Su extraño compañero parecía tan fresco como cuando habían comenzado la huída. Ahora aminoraron el paso y en aquel momento de calma, Arthur observó mejor el singular atuendo de su acompañante: vestía una ajada casaca de color azul oscuro, con acabados de piel en el cuello y las muñecas. Un abrigo de cuero negro muy desgastado lo cubría hasta los tobillos. Su indumentaria tenía un aspecto antiguo, muy desfasado. A Arthur le recordó a algunos uniformes que había visto en el museo de la guerra del castillo de Edimburgo.

—¿Dónde estamos?

—Esto es el Bosque de Darnantes —Trémulus extendió los brazos, como si tratara de abarcar toda la vegetación que los rodeaba—. También conocido como el Reino Bosque.

—¿Está cerca de Edimburgo?

—Edimburgo. Me temo que no conozco tal lugar.

Arthur trató de explicarle dónde estaba Edimburgo.

—El nombre me resulta vagamente familiar, pero nunca he estado allí. Llevo mucho tiempo en este bosque, me temo. ¿Todos allí se visten como vos?

—¿Esto? —dijo Arthur, señalándose la ropa—. Es una sudadera. No todos visten igual, pero muchos la llevan… aunque con otros dibujos.

—Es un extraño atuendo sin duda.

Arthur iba a decir algo sobre la arcaica indumentaria de Trémulus, pero no lo hizo.

—Tengo que encontrar una comisaría de policía. Mi amigo Kay ha desaparecido, y no sé dónde puede estar. Debe haberse perdido.

—Decís cosas muy extrañas, mi joven señor. ¿Quién es ese Kay del que habláis?

—Mi amigo. Es un chico de doce años, como yo. Tiene el pelo moreno y

lleva unas gafas azules.

—No lo he visto, lo lamento. Esta noche mis únicos encuentros han sido con los lobos y con vos.

—¿Cree que pueden haber capturado a Kay?

—¿A vuestro amigo? No, no lo creo. Esos lobos buscaban algo concreto, y no era un niño.

—¿Por eso le atacaron a usted?

Trémulus miró al cielo, donde la luna llena seguía iluminando la noche.

—Digamos que solo querían interrogarme.

—Pues menuda forma de interrogar que tienen. Parecía que querían comérselo.

—Es posible. —Trémulus comenzó a andar por el sendero—. Sígame, maese Arthur, será mejor que avancemos antes de que se haga de día.

Arthur lo siguió, poniéndose a su lado.

—¿A dónde lleva este sendero?

—A la salida del bosque… si es que fuera posible salir.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No me hagáis caso. —Trémulus sacudió las manos, restándole importancia a sus palabras—. El sendero conduce hasta una de las posadas del borde, allí podréis encontrar a alguien que os ayude.

—¿Allí habrá algún teléfono, alguien con móvil para poder llamar a la policía?

—No sé a qué os referís, pero supongo que encontraréis la ayuda que precisáis.

—¿Y usted no viene?

—Yo os acompañaré un par de kilómetros más. Después he de regresar. Debo llegar a mi morada antes de que despunte el alba.

Arthur sabía que algo muy raro estaba sucediendo. El vórtice lo había llevado a un lugar muy diferente de Edimburgo. Se moría de ganas por interrogar a Trémulus, pero este entró en un extraño mutismo y ambos

caminaron en silencio durante un buen trecho, siguiendo el despejado sendero que atravesaba el bosque.

Un rato después Trémulus se detuvo.

—Nuestros caminos han de separarse aquí —anunció—. Si seguís recto llegaréis hasta el Portal Aullante. Es la posada del borde más cercana. Allí encontraréis ayuda. Confío en que un caballero os pueda proporcionar una runa de paso con la que cruzar.

—No entiendo nada de lo que dice, pero si ahí puedo encontrar a alguien que me ayude, le estoy muy agradecido.

—Soy yo quien debe daros las gracias. Si no llega a ser por vuestra inesperada aparición, esos lobos y yo hubiéramos tenido más que palabras. Cuidaos mucho, mi joven señor, y no os fiéis de nadie. Esos lobos huargos estaban buscando algo, un objeto que pertenece a Kendra, la Dama de los Búhos. No sé de qué se trata, pero si ha involucrado a los huargos, debe ser algo de gran valor.

—¿Quién es Kendra?

—Una mujer peligrosa. Será mejor que os mantengáis alejado de ella. Compadezco a aquel que le haya robado, cuando lo encuentre no tendrá piedad alguna. Y ahora marchaos, debéis llegar al Portal Aullante cuanto antes. El bosque no es un lugar seguro para un niño.

—No soy un niño —se ofendió Arthur—. Tengo casi trece años.

—Ha habido reyes de menor edad, eso os lo concedo. Cuidaos mucho, maese Arthur, y gracias de nuevo por vuestra intervención. Habéis sido muy valiente.

Trémulus volvió a darle la mano a Arthur. Seguía tan fría como antes.

Se disponía a seguir el sendero cuando su compañero le dijo:

—Una última petición, si me lo permitís. Cuando crucéis el bosque, os pediría que si alguna noche os encontráis con un niño llamado Marcus le digáis que Trémulus lo está buscando. Hace unos días que desapareció, y aunque lo he buscado por todo el Bosque de Darnantes, no he encontrado ni rastro de él. Solo se me ocurre que haya cruzado el Muro de Merlinus por algún extraño fruto del azar. ¿Me haréis ese favor?

—¿Cómo es?

—Con apariencia de niño. Pero no tiene el pelo de fuego como vos, sino oscuro como las aguas del Sasseness. Lo reconoceréis porque también

tiene una piel pálida como la mía. Si lo veis, ¿le diréis que lo estoy buscando?

—Claro. No hay problema.

Trémulus asintió, agradecido por la promesa de ayuda. Dio la vuelta y retornó por el sendero.

Arthur siguió adelante. Quizá Kay estuviera en esa posada a la que se dirigía.

Capítulo 5

Mientras caminaba, Arthur no dejaba de darle vueltas a las cosas que había dicho Trémulus: caballeros, runas de paso, Muro de Merlinus… ¿De qué estaría hablando? ¿Se había topado con un loco? Y el lobo, ¿de verdad había hablado o solo eran imaginaciones suyas?

Andaba divagando sobre aquellas cosas cuando un sonido llamó su atención. Se detuvo, aguantando la respiración. Oyó el inequívoco ulular de un búho o una lechuza.

Solo es un búho, se recriminó. No seas tan miedica.

Retomó la marcha, deseoso de llegar cuanto antes a la posada que le había indicado Trémulus. Un nuevo ulular se añadió al primero, y a los pocos segundos un tercero, y un cuarto. A eso se le sumó el estruendo de alas de pájaros que batían en la oscuridad, varias decenas al menos, tal vez un centenar.

Aquello no presagiaba nada bueno.

Arthur no sabía qué hacer. En mitad del sendero estaba totalmente expuesto, pero no quería abandonarlo y correr el riesgo de volver a perderse en el bosque. Por otro lado, aquellos búhos (porque estaba seguro de que eran búhos) se estaban acercando a toda velocidad.

Tenía que ser esa tal Kendra, la Dama de los Búhos.

Salió del sendero y se agazapó detrás de una raíces cubiertas de musgo.

El estruendo de cientos de aves cruzando el bosque llegó unos instantes después. Arthur se asomó con cuidado por un hueco de las raíces y pudo verlos revoloteando entre el follaje, eclipsando la débil luz con sus siluetas sombrías. Los pájaros se dispersaron en grupos, abarcando zonas más amplias que escrutar. Parecía que estuvieran buscando algo. Arthur supo que, si seguía allí quieto, sería cuestión de tiempo que lo descubrieran.

Tenía que huir.

Con mucho cuidado se arrastró por debajo de las raíces hasta llegar a un grupo de árboles que le ofrecían algo más de cobertura. Una vez allí, de espaldas contra uno de los troncos, echó un vistazo rápido a las aves. Seguían pululando por la zona, peinando cada centímetro cuadrado del bosque.

Sin otra alternativa, se escabulló en la oscuridad, arrastrándose por el suelo y alejándose cada vez más del sendero.

Capítulo 6

No se detuvo hasta después de dejar de escuchar a los búhos.

Estaba de nuevo en mitad del bosque, sin la menor idea de cómo regresar al sendero. La iluminación era mucho más débil en aquel lugar, el denso dosel de árboles apenas dejaba pasar la luz de la luna. Arthur caminaba casi a tientas en aquella penumbra.

Tropezó con una raíz y cayó al suelo, golpeándose la cabeza. Se llevó la mano a la frente, tenía algo de sangre. No era mucha, posiblemente solo un pequeño arañazo, pero le hizo darse cuenta de la precaria situación en la que se encontraba. ¿Cómo iba a salir de allí?

Trató de infundirse valor y volvió a ponerse en pie, resuelto a encontrar el sendero de nuevo. Tenía que llegar a la posada. Kay estaría tan perdido como él, y se estremecía solo de pensar en lo que le ocurriría a su amigo si aquellos lobos lo encontraban.

Utilizó la espada a modo de bastón para localizar y evitar los obstáculos que le salían al paso. Eso le hizo disminuir el ritmo, pero al menos evitó que volviera a caerse de nuevo.

El bosque parecía volverse más retorcido y compacto a medida que se adentraba en él, como si tratara de bloquearle el paso. Los troncos estaban más juntos, las ramas bajas formaban espesas barreras, y las raíces brotaban con mayor frecuencia.

Llegó hasta un muro de follaje que parecía impenetrable. Era tan alto que Arthur era incapaz de ver la cima, que se perdía entre las copas de los árboles. El muro continuaba a ambos lados, formando una barrera natural que parecía delimitar el bosque.

Arthur estaba agotado. No sabía cuánto tiempo llevaba caminando, pero necesitaba llegar a un lugar seguro, avisar de la desaparición de Kay y dormir el resto de la noche. No quería ni pensar en seguir deambulando por aquel bosque maldito, sin luz, sin agua y con extraños animales acechando en las sombras.

—¡Maldito bosque! —gritó desesperado, mientras golpeaba con rabia el muro.

La rama que había golpeado tembló ligeramente y ante el asombro de Arthur, empezó a moverse, enroscándose sobre sí misma mientras se retiraba. Otras ramas y raíces cercanas hicieron lo mismo, retrocediendo y formando un estrecho pasaje, suficiente para que Arthur pudiera cruzarlo.

Al otro lado se veía un prado enorme, libre de árboles e iluminado por la fría luz de la luna.

Arthur no se lo pensó. Cruzó el pasaje y abandonó el bosque.